

*¡CHERIWEMA, DON JOSÉ RUELAS CIRIACO!*

*EL PASO DE UN GUARIJÍO GIGANTE*



Lo conocí a Don José Ruelas Ciriaco del pueblo makurawe (guarijío) por primera vez en 1992, saliendo de la capilla de San Bernardo con su esposa Rosenda y su bebé en brazos, María de Jesús. Sus ojos inquisitivos, su voz clara, su corazón noble. Poco después, en mi segunda visita a Mesa Colorada en 1993 lo conocí ahora en su esencia como cantador de los tuburis: hombre místico con un profundo sentido de la historia de su pueblo makurawe, marcado por reverencia y majestad en la celebración tradicional del tuburi. Poco a poco, nos hicimos amigos y José me relataba sobre su vida y la vida de su pueblo. Era capaz de hablar largas horas sobre las leyendas, experiencias de alegría y dolor y de su amor por su familia, más últimamente de sus nietos Polo y Chacha. Tengo muy grabada en mi memoria su sentido de lo sagrado con el cuidado de sus utensilios para el tuburi: la Santa Cruz, el sahumero, el copal y la sonaja. Él trataba a los granos de arena de su sonaja y a los pedazitos de copal como un sacerdote trata a la sagrada hostia y sus

partículos en la Santa Misa: con un cuidado especial para que no se perdiera la parte más pequeña. Adornaba a la Santa Cruz con el manto blanco, los listones de varios colores y el rosario como un sacerdote vistiéndose para la Santa Misa. Toda la celebración la llevaba a cabo con la más plena dedicación a todos los detalles.



Un momento de descanso con su nieto Polo en Álamos

Por todo Sonora en los últimos diez años se ha oído la voz de este gran rezandero cantando tuburi "para que Dios Padre, Tamó Nonó, bendiga a los guarijíos y a toda la humanidad con la lluvia para las cosechas". A través de la radio difusora La Voz de los Tres Ríos se sigue transmitiendo su voz de José diariamente con los cantos de tuburi. Ahora el 17 de junio, 2014, falleció rodeado por los miembros de su familia en su casa en la Colonia Makurawe de San Bernardo, dejando no solamente a sus hijos y nietos sino también en un gran sentido su pueblo con el dolor de su ausencia, huérfanos de padre.

Ha sido un honor muy grande conocerlo y poder llamarlo amigo de verdad.

Sin la presencia de José, el futuro de la fiesta está en gran peligro. Pues se nos quedan muy pocos cantadores ya, todos también muy avanzados en edad. Tradicionalmente, la fiesta se lleva a cabo periódicamente por dos o tres noches en un espíritu comunitario de vigilia y oración manifestada en danza y canto en frente de la Santa Cruz, vestida en tela blanca y cubierta con un rosario y listones. En nuestra capilla de los frailes capuchinos en Yécora tenemos una de estas cruces que me regaló Don José después de un tuburi en la Mesa Colorada. La he cuidado ya por muchos años en una mesita junto con nuestra imagen de San Francisco de Asís al lado del Santísimo Sacramento. Nunca se me va a olvidar el momento en que José me entregó esta Santa Cruz. Fue totalmente inesperada. Yo sé que significa muchísimo para Don José pues simboliza su vida de entrega de amor a Dios y a su pueblo guarijío. Muchas veces la he levantado en bendición para nuestro pueblo guarijío a quien amo de todo corazón.



La "Simpo" con la Cruz de Tuburi en la Colonia Makurawe

Con el permiso de Don José, yo grabé en un tuburi en la Mesa Colorada en 1995 los cantos sagrados cantados por él durante toda la noche. Después, con la ayuda de nuestras catequistas guarijías, editamos un c.d. con diecisiete cantos sagrados, completo con el sonido en el fondo de músicos afinando sus instrumentos, el canto del gallo y los pies danzantes de las mujeres. Don José mismo me explicó su visión sobre el Tuburi que, junto con las reflexiones de varias mujeres guarijías conocedoras de su espiritualidad, preparé en un texto acompañante del c.d. que comparto aquí en testimonio de la vida de fe de Don José:

*MAKURAWE TUBURI, YAUWINIAME RIOSIMINA YOMAKA KAWERUMA  
JOJOEMIA MEKACHÉ TAMO IPASEMICHÓ TA'ENARI  
TUBURADA GUARIJÍO, DANZAMOS A DIOS PARA QUE TODOS VIVAN BIEN*

Profundamente escondido entre los arroyos y cavernas de Mesa Colorada, Mochibampo, Guajaray, Babícora, Todos Santos y Los Bahíos, el rito sagrado de la tuburi makurawe sigue siendo ofrecido a Dios por los hombres y mujeres guarijíos en el silencio de la noche bajo la vista espectacular del cielo estrellado. El privilegio de participar en una tuburi nos pone en contacto con la espiritualidad mística y compleja que ha sido el sustento de su pueblo desde los tiempos más remotos hasta el día de hoy. Se inicia de noche ofreciendo el incienso del copal al Padre Creador, Tamó Nonó, en frente de la Santa Cruz plantada en el suelo. Todos los símbolos empleados por el rezandero hablan sobre esa relación especial con Dios y el deseo de la gente de vivir bien. Los símbolos sagrados incluyen: la Santa Cruz, las tres sonajas, los tres rezanderos, el sahumero y el copal, los cantos, las danzas de las mujeres, el agua y el suelo de la tierra seca. Hablo de estos elementos como sagrados porque en el contexto de la ceremonia ellos transmiten la cosmovisión guarijío y la forma particular de entender el misterio de la vida y el momento de la creación. Vamos a reflexionar sobre cada uno de estos elementos y su significado para el pueblo guarijío en su espiritualidad ancestral.



Cantando tuburi, con su esposa Rosenda danzando

Entre los varios cantos de la tuburi, uno de los principales que explica su origen es el de "Nahesechani Riosi Neyeri Tuburi" (Sentimos que Dios dice que van a hacer Tuburi). En este canto, el rezandero habla sobre cómo fue Tamó Nonó quién dirigió y formó a los primeros guarijíos con el canto y la danza de la tuburi. Desde entonces, relata Jose Ruelas Ciriaco de la Mesa Colorada, cantamos tuburi "para que vivan bien todos los guarijíos y para que vivan bien toda la gente". Su canto de tuburi es un verdadero sacrificio de amor ofrecido durante el espacio de tres noches consecutivas para la vida de los guarijíos pero también conectado con los hombres y mujeres del mundo entero. En este contexto se entiende la importancia de la Santa Cruz. Para nosotros como cristianos, la Santa Cruz nos habla

sobre el amor de Jesús Crucificado y el don de nuestra salvación a través de la Sangre Preciosa de Cristo. La Santa Cruz guarijío, cubierto por un manto blanco simbolizando la pureza con listones de colores que representan la Sangre de Cristo y con el Santo Rosario que simboliza la vida de oración, incorpora todos estos elementos con algo más: la espiritualidad de la cruz prehispánica de las cuatro direcciones cardinales. Con esta cruz, que se encuentra en muchas cuevas de los primeros pobladores, la oración toma en cuenta toda la creación extendida desde el norte hasta el sur, desde el este hasta el oeste, y el encuentro con Dios se localiza en el centro, en el ombligo del universo. Cuando se reza con esta Cruz y cuando el rezandero bendice con esta Cruz, se suplica el Amor de Dios para toda la humanidad, tanto cercana como lejana. Así todo el misterio de la existencia se encuentra y se explica con la Cruz.

El símbolo de la sonaja, por más sencillo que parece, es de lo más complejo para la persona que pueda apreciar la variedad de los sonidos. En primer lugar, su sonido representa la lluvia que viene en varias formas, ya sea como suave brisa o como fuerte tempestad. La semilla de palmilla que se coloca adentro es sagrada para el rezandero y la maneja con la más extrema delicadeza. Durante el Tuburi, nunca se suspende el sonido de la sonaja, aún cuando el rezandero descansa de cantar. Esto refleja la necesidad humana de recibir continuamente las bendiciones de Dios que vienen a nosotros particularmente para las cosechas en la forma de agua. La lluvia así representa también todos los elementos que anhelamos los humanos para vivir bien: alimento, salud, compañía, alegría, amor y paz. Se utilizan tres sonajas de acuerdo con las tres noches, los tres rezanderos y las tres estrellas del cielo situadas delante de la Cruz Guarijío puesta por Dios a un lado de la Vía Láctea que siempre nos fascina contemplar.

El antropólogo Howard Scott Gentry dice que a través de la tuburi, los guarijíos tienen una consciencia común en la cual se encuentra casi toda la vida social y ceremonial del pueblo: "Las

Tuburadas son una forma definitiva de actividad ritual conduciéndolos y sosteniéndolos hacia una unidad tribal (*The Warihio Indians of Sonora-Chihuahua*, p. 125). En este sentido se entiende la importancia de que en la ceremonia tradicional son tres rezanderos que participan juntos en el canto, reflejando la verdad de que ninguna persona sola es dueña de la ceremonia y que la sabiduría y el conocimiento residen entre varios ancianos. Es Dios mismo quién quiso que fueran tres rezanderos para que juntos compartieran lo difícil y lo hermoso que es ofrecer las tres noches de la tuburi.

Dentro del ritual de la tuburi, uno de los momentos que transmite en particular lo trascendente del acto es el de adorar a Tamó Nonó con el incienso del copal en el sahumero. El sahumero es un receptáculo de barro fabricado para poner las brasas ardientes que reciben el copal al principio y fin de la ceremonia y durante todo el transcurso de la noche. El rezandero utiliza el sahumero para incensar la Santa Cruz, el espacio de la danza y a los participantes, cada uno tres veces. Al amanecer el sol al tercer día, el rezandero ofrece este incienso de la forma más solemne a Tamó Nonó e incienso tres veces a los participantes, con los hombres formados a la izquierda de la Cruz y las mujeres a su derecha. Cada vez que incienso a una persona con el sahumero con la señal de la Santa Cruz le dice "Cherewema" y la persona que recibe la bendición igual contesta "Cherewema" (gracias).

Los cantos sagrados de la tuburi comparten una espiritualidad común con el yúmari de los pimas y de los tarahumaras. Cada noche se ofrece la danza de las mujeres entre los rezanderos y la Santa Cruz al sonido de las sonajas y al cantar de los rezanderos. Se inicia con cantos que hablan sobre el origen de la tuburi y como Dios desea que se realice esta celebración. El canto "Machichani Inamunane Machiyauchane Wikatachane" (Sueña que se Oye Cantar y Danzar) habla sobre el deseo de Tamó Nonó de que el pueblo guarijío se alegre en la danza y también sobre el deseo de los

guarijíos de danzar con toda su fuerza y corazón. Otros cantos, como “Chikakari” (Cholowi), “Sapo’ori (Lobo) y “Jo’nori” (Zopilote) hablan del vínculo de los guarijíos con los animales, que son embajadores de Tamó Nonó. Los olores del sudor, del polvo que sube, del café y de la comida combinan con la risa y el gozo de la danza a la cual se entregan las mujeres con toda su energía e intensidad. El rezandero invita a las mujeres de todas edades que sigan danzando con el ritmo de los pies en la transformación del mundo.



Danza de tuburi con las niñas en la capilla de la Mesa Colorada

Las mujeres que participan en las danzas son muy conscientes de su papel en la transformación del mundo. A ellas les tocan todas las preparaciones con respeto del lugar, comida e indicaciones de los rezanderos. Danzando, se toman de las manos unas de otras, desde los dos años de edad hasta la más anciana, y se mueven juntas a veces en círculo, a veces adelante y atrás y a veces de un lado a otro.

Gerardo Conde Guerrero reflexiona sobre muchos de estos elementos en su tesis *Del Olvido a la Persistencia Étnica*. Él pone énfasis en el vínculo de la tuburi con el ciclo agrícola “para la preservación y renovación constante del mundo en el que vivimos, o mejor dicho, en el que viven los guarijíos” (p. 205). Las caras de las mujeres reflejan la riqueza de las varias personalidades y a veces, por una equivocación o accidente, de repente se produce una risa explosiva y persistente que aún hace al rezandero reírse también. Realmente la mujer guarijío es el corazón que palpita y vibra para la vida de toda la comunidad.

En el canto de “Wachanápurai” (Calandria) las mujeres danzan en círculo con una de ellas en medio tirando el agua encima de las cabezas de las demás. Es una de las danzas más hermosas. Aquí el agua tirada representa la ofrenda por la lluvia y el contraste de la tierra seca sedienta de recibirlo. A la vez, el movimiento rítmico de los pies sobre el suelo simboliza la gente participando con Dios, secando la tierra después del diluvio y preparándola así para sembrar de nuevo el frijol y el maíz. El canto “Pamuniware Yukuyame” (Tiempo de Lluvia) habla sobre el gozo de este momento con el don renovador del agua que da vida a la tierra y a todo el pueblo guarijío.



El niño Polo, nieto de José, futuro rezandero

En los últimos cinco años, la voz de José Ruelas se hacía cada vez más débil. El gran y noble rezandero, ya mayor en sus casi 100 años, decía que no se sentía la misma fuerza de antes. Algunas veces cuando lo visitaba en la Colonia Makurawe de San Bernardo, me quedé contemplando su figura austera e histórica, pensando que tal vez sería la última vez que tendría el gozo de verlo en este mundo. A pesar de su vejez, enfermedades y cansancio, José seguía cantando. El 15 de Mayo de 2010 para la Fiesta de San Isidro Labrador estábamos preparando para la Cava Pisca y las danzas de tuburi en la Mesa Colorada. Vino José a la iglesia pero me dijo que no se sentía muy bien y que pensaba que no iba a poder cantar. De todas maneras, cuando tocamos las campanas para la Santa Misa luego vino José y cantó tuburi en la entrada, ofertorio y salida de la celebración. Después de la Santa Misa nos fuimos caminando todos en procesión desde la iglesia hasta el lugar de la Cava Pisca. Ahí José cantó tuburi las dos noches de la Cava Pisca, amaneciendo los dos días y dando la bendición tradicional al final con la Santa Cruz y sahumero. Yo pensé que de allí ya iba a descansar, ¡pero no! José regreso a la iglesia para la Santa Misa matinal, cantó de nuevo tuburi en la Misa y luego, después de desayunar con nosotros, subió arriba de la

camioneta tonelada y viajó con nosotros a la Colonia Makurawe de San Bernardo.

Ya que llegamos a San Bernardo y tomamos un refresco, José bajó cansadísimo de la camioneta y se fue a su casa, caminando lentamente y apoyándose con un bastón. Yo pensé, ahora por fin va a poder descansar. ¡Todavía aguantaba más! Se había ido a su casa para otra sonaja y cantó de nuevo en la Santa Misa con bautismos en la Colonia Makurawe. Comió con nosotros y solo entonces ya se fue a dormir. ¡Misión cumplida! El rezandero había cantado ya una vez más para Tamó Nonó y para su pueblo makurawe.

Para mí, el rezandero Don José ha sido un hombre ejemplar de amor por Dios y por su pueblo. Se manifiesta en la vida y canto de José concretamente las palabras de Jesús a sus apóstoles para nuestra vida cristiana de fe, que debe ser en todo un canto de esperanza y amor: "Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él" (Evangelio de San Juan 14:23). Su último tuburi lo cantó hace un año en La Fundición en la casa de Martha y Mercedes, hijas de Hilda Jabalí de la Mesa Colorada, viviendo en exilio por la violencia que han sufrido en su pueblo. Su último canto lo ofreció en la Santa Misa en la capilla del Niño Dios en la Colonia Makurawe de San Bernardo hace unos seis meses. De allí, se seguía debilitándose. Hace un mes lo llevaron de emergencia al hospital de Álamos y pidió a su esposa Rosenda que llegara yo con él en su agonía. Tuve el privilegio de rezar allí con él, celebrando el sacramento de los enfermos para el camino al cielo. Ahora está cantando y danzando con Dios Padre, Tamo Nonó, en el cielo que él añoraba llegar. Allí en la danza celestial se acuerda de nosotros y nosotros siempre nos acordaremos de él. Gracias, Jose. ¡Cheriwema!





**¡Cheriwema, Don José!**